



Payos, gitanos y escuelas

RAFAEL TORRES

Los gitanos siempre atribuyeron a los payos dureza de corazón por hacer madrugar a sus hijos para ir al colegio, y los payos, por su parte, siempre atribuyeron al deseo de no escolarizar a sus hijos la delicada y sentimental renuencia de los gitanos a forzarles a madrugar para ir a la escuela. Ambos llevan razón y no la llevan: la llevan los gitanos porque, en efecto, parece que hay que tener el corazón muy duro para hacer madrugar a un niño pequeño, en la negrura matinal del invierno, para arrancarle de la confortable y protectora atmósfera familiar, y la llevan los payos porque tras esa resistencia calé se percibe la desconfianza de los progenitores respecto a una educación que, a base de no instruir a sus hijos en lo necesario para la vida gitana, intentará convertirles en payos. Y no la llevan porque el corazón de los payos y de los gitanos es igual de duro o de tierno, y porque esa asimilación sin compensaciones

del que pertenece a una cultura minoritaria es, en verdad, indeseable.

Pero algunas cosas van cambiando: la escolarización de la etnia gitana se va equiparando con la paya y ambas culturas se han aproximado muchísimo a consecuencia de la inmigración masiva y su componente de culturas tan raras y exóticas para unos como para otros. Otras, por el contrario, no cambiarán nunca, ni para payos, ni para gitanos, ni para inmigrantes: al horror de los primeros días de colegio para los más pequeños, el espanto del madrugón, la espeluznancia de lo desconocido y de lo nuevo. Bajo las grandes noticias de la semana hay una de la que sólo han tenido conocimiento los implicados (niños, padres, maestros, pediatras...), y esa noticia es la del sufrimiento, teñido de llantos, vómitos, insomnios y diarreas, de muchos miles de niños españoles a su llegada o retorno al colegio. Y uno, ante eso, no puede sino sentirse profundamente gitano. De los de antes.